

ACERCAMIENTO A LA CABALA:

Sobre el Arbol de la Vida Sefirótico

JOSE MANUEL RIO

La palabra Qabalah quiere decir en hebreo Tradición, y Tradición con T mayúscula es lo mismo que transmisión, de un Conocimiento, de una Sabiduría, que se encara como herencia porque es anterior a nosotros y la recibimos como comienzo de un camino en el momento que entramos en contacto con ella (o ella con nosotros). La misma palabra Qabal (la raíz verbal qbl) significa también recepción, habiendo quedado por otra parte en el lenguaje ordinario como sinónimo de integridad, entereza o justez. Así la Tradición es tanto transmisión como recepción y al mismo tiempo es orientación. En árabe, lengua emparentada con el hebreo, por su tronco abrahámico, quiblah (que tiene las mismas consonantes raíz) significa la orientación ritual. Es decir, que interiormente (de lo que el gesto exterior es un rito en el tiempo y el espacio que son entonces cualitativos) el ser humano se orienta, se vuelve o se pone ante una revelación, ante la posibilidad de la recepción del Conocimiento, que por ser una apertura en su alma (que en cierto sentido comienza por eso mismo a ser) puede recibir y desarrollar, hasta el punto de generar o concebir un nuevo ser, que es él mismo, en su Identidad hallada en el momento en que nace efectivamente al Origen de esa revelación o transmisión, al espíritu, al cual ella se refiere en todos sus aspectos y manifestaciones, en tanto que vía iniciática que a él conduce, por los sucesivos nacimientos y muertes a otros estados en el camino de retorno a esa realidad "anterior" y "preeminente" (Qadmon),¹ la que es atemporal y mítica, y en su trascendencia, puramente espiritual y arquetípica. Por lo que esa "conversión", en un sentido mucho más profundo que el puramente exotérico, significa la transformación y transmutación integrales de todas las potencias del ser, afirmándose con respecto a este proceso integral de Conocimiento, que hay que "darse vuelta como un guante", según decía en su plástico lenguaje Federico González en el C.E.S. de Barcelona en 1979, pues el punto primordial del que todo procede, aparentemente oculto en su manifestación, es al contrario el que contiene todo.

Ese vocablo, quiblah, lleva implícito el sentido de 'volverse hacia', o sea de algo que está frente a frente y en el que un término de la confrontación se conjuga o se absorbe

en el otro que dará un nuevo ser, en una unión que es el comienzo de la generación espiritual. Lo que, como nos dice R. Guénon, es el verdadero sentido de la "conversión", y no el de cambiar a una u otra de las formas tradicionales, que es otra cosa que no tiene nada que ver. Esto mismo se ha heredado de la Tradición y conviene hacer memoria de ello para valorar lo que es un Mensaje, y cómo opera un Mensaje, del que todos los pueblos han dispuesto, en la forma que les ha correspondido según la Tradición Unánime y que hoy se percibe, para el que comienza, como algo apenas incipiente, vago, en un medio que es la multiplicidad en acción y ponerse un poco en el lugar de aquellos habitantes de un pueblo tradicional, que reciben junto con la vida y la existencia la herencia espiritual de sus antecesores, donde entonces la puerta de los hombres y la puerta de los dioses se conjugan, no son opuestas, están verdaderamente en el eje, porque se recibe del padre o del maestro no sólo la vida sino el conocimiento, o la invitación o participación al conocimiento, que realice efectivamente el recipiendario más o menos que otros de sus familiares o de sus coetáneos, participando todos en el hecho común y unitario de la actualidad de lo sagrado, que en verdad es lo que otorga realidad a todo, de tal modo que la existencia de ese pueblo, o de ese ser humano, no es otra cosa que la continua recreación de esa Realidad, por la cual, gracias a su existencia como rito, como hacer y ser sagrado, esas influencias espirituales que son los Nombres divinos, o los Aspectos divinos, descienden al vacío, a la receptividad del corazón de todos y cada uno de aquellos que conforman ese pueblo, y al propio Centro o Tabernáculo, que es el corazón del templo (y el corazón de cada cual), el que recibe la Shekinah, la presencia divina, que nos dice la Cábala es la síntesis del Árbol Sefirótico, la que acompaña al pueblo que está en exilio –en este caso Israel es el símbolo del que ha perdido su patria celeste–, y se dice sufre con él y es la intermediaria de esas influencias espirituales que se comunican al pueblo o al individuo, las que corresponden a su rito, a su gesto y orientación permanente.

La Cábala como transmisión (o si se quiere como corriente sagrada de pensamiento) se desarrolla, o mejor, se manifiesta a lo largo del tiempo, no en su esencia metafísica, en la realidad original que ella está destinada a transmitir, sino en las adaptaciones y posibilidades de explicitación que lleva en sí misma, las que cumplen la función de rescatar al mundo, al iluminarlo en la Unidad. Así cuando Isaac Luria, exponente de la llamada "Cábala de Safed"² expresa su enseñanza de la "rotura de los vasos"³ no está añadiendo nada; como el taoísta, o el arcaico, el cabalista sabe que todo está en todo, sin perjuicio de que, como ocurre con la estructura de todo lenguaje, el significado de sus elementos

sea válido por la correspondencia precisa con la inteligencia del pensamiento que en él se expresa. Por otra parte si bien la Cábala es propiamente el esoterismo de la tradición hebrea, es expresión de una Tradición Unánime, Tradición Universal de la que las tradiciones particulares son formas, en el sentido de que su depósito central, su realidad esencial, es una, lo cual puede observarse en los símbolos fundamentales que se hallan presentes por doquier y en todas las tradiciones.

Es entonces la Tradición y no el hombre⁴ la que revelándose, revela la realidad de las cosas, los mundos, planos, lecturas o dimensiones de la Verdad total⁵ ("... porque mis Pensamientos no son vuestros pensamientos, dice YHVH, cuanto más altos están los cielos...", así los pensamientos divinos trascienden las consideraciones humanas...), pues son la Sabiduría y la Inteligencia divinas las que todo lo hacen, vehiculadas por lo mismo que ellas crean o manifiestan: "la revelación es coetánea con el tiempo";⁶ pero al mismo tiempo, el Conocimiento que el hombre ha de lograr no es la suma de aspectos (indefinidos, innumerables, que exceden al conocimiento distintivo y no son el objeto del unitario), sino la síntesis que le permite atravesar los mundos o planos hasta su Origen. Por lo que el cabalista no sólo medita en el estudio de la Cábala, absorbiéndose en la contemplación, sino que constantemente se suma al rito permanente, lo inaugura si es preciso cualificando el tiempo, sacrificándolo (sacrum–facere), hace de todo un rito, pues no hay otras expectativas que el cumplimiento de la Voluntad divina, de una Voluntad que es una con las estructuras de la vida y del universo, simbolizadas por la dialéctica de los números, por la totalidad de las direcciones del espacio y el tiempo, las que dependen del Centro supremo cuya proyección es el Eje universal, constituido por la columna central del Árbol de la Vida en la que las otras dos encuentran su equilibrio y aun su origen.

Si se observa el "macrocosmos" desde el punto de vista de las condiciones de lo individual, es decir mediante las formas, lo vemos a través de las condiciones individuales, del tiempo y el espacio objetivizados como exteriores, de lo antropomorfo, o más bien lo sensible como base de conocimiento, y proyectamos aquellas en otros tamaños y ampliamos esas condiciones como si fueran propias del mundo vivo o actual en su totalidad, y éste no incluyera realidades suprahumanas que se dan en el corazón del hombre o a las que el hombre se abre o nace, cuya identidad y cuyo conocimiento son asimismo suprahumanos, lo que significa el nacimiento de un nuevo ser, o la actualización del Ser, o del Sí–mismo por grados, lo que por otro lado es una pérdida de perspectivas ilusorias y del continente que las enmarca o define, que es el conjunto de sus desarrollos o su

proyección sobre lo conocido y lo "desconocido", con lo que otro grado del Ser universal es otro mundo o nivel de la Realidad que absorbe en sí la multiplicidad, pues es un grado de Identidad. Que estos son intermediarios Divinos, agentes del Principio, o el Principio en acción, si así puede decirse, es por el grado de universalización que producen, en el corazón, constatado por la Inteligencia (Binah), que es una diosa, por su poder generador del autoconocimiento del Ser, penetrando los estados del Ser, la cual es también la Memoria, pues ese estado ya era, y era realmente otro, y no estaba fuera del hombre, siendo que la realidad o el origen de ese mundo de lo discursivo y todo lo que puede darse en esa manifestación es 'posterior', un sueño dentro de otro sueño (el sueño de lo particular-individualizado dentro del sueño del mundo como imagen de ello o de lo general que se toma por lo universal), nacido por la falsa radical del "yo y el otro"; y no estaba en otro lugar –aunque eso sea reflejo de un símbolo de la cualidad del espacio, o sea una alegoría– sino que cualquier cosa que ello sea es lo que las cosas son, si es que son algo en la ausencia de límites del verdadero Origen.

Las sefirot, o ideas siempre presentes en el modelo universal del Árbol de la Vida cabalístico, pueden ser revividos por primera vez y, deteniéndose así, participar un poco más de las emanaciones de un Cosmos o universo que nos ha generado junto con todas las cosas y que junto con esa generación ha incluido los códigos sintéticos que hablan de esa Identidad, cualquiera sea ella en sí misma, que somos nosotros, en nuestro más profundo ser, y en ese sentido podemos considerar que nuestro rostro a lo mejor no es el que vemos una mañana en el espejo, o la imagen de nuestros egos, o nuestra autosuposición; que somos imágenes de un Adán primordial, de un hombre prototípico del cual todos los seres humanos son imagen, que está presente en todos nosotros, y que su actualización corresponde a la identidad primera que nos ha sido dada, antes de que por una secuencia cíclica, que llega a la decadencia y la fragmentación, y que se manifiesta en el presente estado de lo que hoy se llama cultura, existencia o vida, hayamos sido lanzados a una especie de lejanía o de extrañeza con respecto al propio mundo –el cual vivimos y nos conforma–, que era y es en sí, como el hombre que en él está incluido, una imagen del Principio, mundo, universo o manifestación que Adán podía nombrar, en todas sus posibilidades, al conocer su esencia inmanifestada, al hallarlo en sí mismo por ser creado a imagen divina. El hombre primordial conocía cada una de las criaturas (que son presentadas ante él para que les dé sus nombres) como símbolo, como expresión de una realidad inteligible que a su vez lo es de una suprainteligible, por lo que al reunirlas se absorbía en el Hombre Universal. En tanto que contemplaba lo inteligible unía su mun-

do, en tanto que se elevaba a lo incognoscible era uno con el mediador de todos los mundos.

Este era Adam Qadmon, "primordial", atemporal como el Paraíso, creado en el "sexto día", último de la "acción" creativa o manifestación, anterior al "descanso". En él se unía lo creado y lo increado, pues estaba hecho de la tierra (adamah) animada por el soplo divino en el que estaba la "imagen y semejanza" del que era anterior a los cielos y la tierra, es decir a todos los estados que constituyen la manifestación universal.

En la historia sagrada del pueblo hebreo, los patriarcas son los hombres–tipo que ejemplifican la relación con el cielo, prefigurando, junto con los profetas y los reyes, la venida del Avâtarâ o Mesías.

La noche es símbolo de oscuridad y también de interioridad, donde se produce el combate espiritual. Así Jacob, en su lucha nocturna con el ángel, lucha contra los reflejos, contra la multiplicidad de aspectos existenciales que ocultan la unidad, así como contra la limitación de lo antropomorfo y resiste por el recuerdo de su naturaleza primordial humana, sintetizada en lo libre, hasta el amanecer, en que se retira su oponente, la lucha con el ángel que se le manifiesta como hombre en la soledad de la noche; y así, cuando su oponente le pide que lo deje ir y él le exige su bendición, éste le da un nombre (Israel) que por su terminación es un nombre divino, que podría traducirse por "hombre en quien está el espíritu, o el aliento, de Dios (Él)", el cual, manifiesta la unidad que trasciende los aspectos múltiples de la realidad, porque Jacob ha vencido en esta batalla, lo que lo hace heredero del Dios de sus padres, de Abraham e Isaac. También "Abram", después de vencer a los reyes, recibe otro nombre, junto con la promesa⁷ –por la cual es padre de su tradición (abrahámica)– que se traduce en posteridad, física y espiritual; lo que ocurre después de la bendición⁸ que le otorga Melkitsedeq en el nombre del Dios Altísimo (El–Elion), el que excede la manifestación, el no–actuante, en realidad más allá de la distinción entre "alto" y "bajo", nombre trascendente que está en la vertical de la inmanencia en el centro del estado humano, siendo su valor numérico igual al de Emmanuel (Dios en nosotros o con nosotros). Jacob vio abrirse la puerta de los cielos (comunicados por la escala axial), mientras "YHVH estaba junto a él", en Beith–El, cuyo antiguo nombre era Luz,⁹ o morada de inmortalidad, es decir, la inmanencia de la Tierra de los Vivos, o de otro estado de ser que corresponde a la plenitud del hombre verdadero, el cual está efectivamente en la vertical del "Hombre trascendente" o universal que es el Verbo divino, o que es el intermediario arquetípico, o el arquetipo del hombre, o de todo estado central en el Universo; el arquetipo de la mediación y por lo tanto el que lle-

va a la identidad una, o a la identidad principal. Esa realidad solar que encarnará Jacob en tanto que padre de las doce¹⁰ tribus es asimismo central.

Así como Esaú es el hijo mayor, anterior a Jacob, sin embargo no recibe la herencia, que le correspondería por el derecho de primogenitura. Esaú es también llamado Edom, nombre que da la tradición hebrea (refiriéndose a los reyes de Edom) para las 'creaciones anteriores', que se consideran como incompletas o insuficientes; es decir, donde no se ha manifestado la tierra y el hombre como expresión de las posibilidades prototípicas, imagen o presencia del arquetipo. Esaú, que vende su derecho de primogenitura (su filiación espiritual) por un plato de lentejas, es imagen del hombre viejo, y el exilio de Jacob y su "viaje", imagen también de la búsqueda del sí–mismo, de lo real. Esta misma epopeya será la que como pueblo, Israel, sacado de la esclavitud de Egipto, que en un sentido o en ese caso representa el mundo profano, realice a través de sus distintas pruebas, como la travesía del desierto, o el paso del Mar Rojo, conducidos también por el eje simbolizado por la columna de fuego que los ilumina en la noche y la columna de nube que los guía y los oculta a sus perseguidores (manifestaciones de la Shekinah o "presencia" divina), mientras el alimento espiritual aparece, como el rocío alquímico, por una coagulación o actualización que la noche, imagen aquí de la inmanifestación, deja durante el alba, al rayar el día o mundo de lo manifestado, alimento que encarna un conocimiento transmutado y sostiene el cumplimiento de la Promesa hecha a los primeros padres, en el origen del tiempo, a un pueblo nacido de las entrañas de su Dios, o a un pueblo a quien la Deidad le ha dado el ser en el origen y la promesa de su generación o de su re–generación, el que recibirá, por intermedio de Moisés, la revelación del Sinaí, que es la Torah, la cual en su exoterismo será la Ley y en su esoterismo la Revelación, de la cual aquella es un símbolo, como la cosmogonía lo es de la metafísica.

El Arbol de la Vida

El mejor guía en este estudio, en este conocimiento simbólico y sagrado, es el propio modelo, que ha sido revelado, conteniendo en sí todas las posibilidades de exégesis, de frutos inteligibles a los que el hombre pudiera acceder, incluyéndolos en sí desde el principio, pues es la expresión de la Realidad integral y total.

El Arbol Sefirótico es un modelo especulativo, un espejo,¹¹ de otras realidades inteligibles y supainteligibles, un diagrama sintético que habla de la constitución del Universo, de la armonía de las partes, de las relaciones entre los distintos planos o mundos que lo componen, de las relaciones del hombre con ese mismo modelo del universo, del que es

imagen y semejanza. Este es un modelo que permite indefinidas relaciones, que en cierto sentido es inagotable y lo será siempre, no sólo por las indefinidas correspondencias, analogías y relaciones a las que da lugar –se refiere a la Totalidad Universal–, sino también porque el Conocimiento al que se refiere, el que vehículo en tanto que modelo sagrado, no es el de una suma de datos, el de una acumulación vana, sino que promueve la encarnación, es decir la actualización, en el espacio mental, en el interior de la conciencia del que medita y labora con él, de aquellas energías o ideas–fuerza que lo han conformado y que son las que permanentemente crean, conservan y destruyen (o transforman) la totalidad del Universo y los seres que en él habitan. Es entonces un vehículo intermedio, capaz de conducirnos de lo conocido a lo desconocido, de la lectura superficial de las cosas a su realidad profunda y meta–física a través del viaje por las distintas lecturas de la realidad, que constituyen los diferentes planos o mundos que el ser ha de recorrer para acceder al conocimiento de su verdadero Origen, de su Identidad. Esa visión "otra" –que pasa por el olvido de lo aprendido, de lo extraído de un medio que ignora, o rechaza, lo sagrado–, es lo que caracteriza al símbolo en tanto que vehículo del eje que, al absorber en sí –a cualquier nivel que fuere– la dualidad de sujeto y objeto, lo hace morir (al "sujeto" relativo) a una lectura, y nacer a otra, más amplia y universal, más incluyente y como anterior a aquélla pues está más próxima al origen. Así del Arbol Sefirótico se dice que está invertido con respecto al hombre, pues tiene sus raíces en el Cielo y sus frutos en la Tierra, y el hombre, entonces, es un ser caído, identificado con sus literalidades, que de pronto puede tomar conciencia de su exilio y acceder a estas enseñanzas, y volver sus ojos al símbolo, y descubrir que existe un proceso arquetípico: la recepción de una Enseñanza capaz de llevarlo a la libertad de su ser original por la efectivización de lo que ella le está mostrando.

Según nos dice René Guénon, el ser ha de conseguir primero una unidad de pensamiento, luego una unidad de acción, y –"lo que es más difícil"– una unidad de pensamiento y acción. La unidad de pensamiento la promueve la doctrina, el bautismo por las aguas (que corresponde a una primera fase del ascenso por el Arbol), la unidad de acción es el rito reiterado, del estudio y de la internalización de la doctrina, (incluyendo las adecuaciones que ella misma proyecta sobre la vida a través de una imagen del orden) expresados asimismo en el ordenamiento existencial de acuerdo a la unidad que se intuye, y expresado en indefinidas formas del rito, resumidas en la con–centración (lo que incluye una ascesis como disolución de lo compuesto o como separación de lo sutil y lo grosero). La conjunción de ambos es efectivización del conocimiento, producida por la irrup-

ción de lo sagrado como es en sí mismo, lo que hace del individuo y sus condiciones un símbolo o discurso simbólico en acción: el mito permanente. Esto no quiere decir que el estudio, o la meditación, esté separado de la acción, que sea "previo" a ella; en realidad ese estudio es un rito, y las labores que lo acompañan, el trazado de los símbolos, los ejercicios de respiración, las asociaciones y analogías con otros códigos simbólicos, la observación de la exactitud de sus correspondencias, la meditación, es la imitación de un modelo arquetípico, o de un rito creacional, que se rebate en el espacio–tiempo individual, lo que por otra parte es lo que todos los pueblos tradicionales han hecho o hacen constantemente (pues no cabe otra perspectiva en su visión, habitando un mundo vivo que se recrea constantemente) con lo que conjugan permanentemente lo vertical y lo horizontal, y las energías de lo sagrado, del eje vertical, se expanden entonces en la horizontalidad de su espacio geográfico y en su tiempo histórico, remitiéndolos a su origen, atemporal, imagen del Principio inmanifestado, donde se establece la comunicación efectiva, directa o indirecta, con lo trascendente. Esta atemporalidad es la dimensión del mito: en la atemporalidad de la Creación el mito es actual y siempre presente y constituye el verdadero principio informador de todo cuanto se manifiesta, de todo cuanto ocurre, siendo lo que se encarna pues no hay nada que no esté incluido en él, hasta su propia trascendencia.

Para nosotros, los hijos de este tiempo histórico, o los 'nacidos' en él, signado por la oscuridad del fin de un ciclo, todo esto, la realidad de otros mundos, se ve como muy oculta, apenas virtual en lo más interno y velado del corazón de todas las cosas, de nosotros mismos. Pero ese es, sin embargo, el presentimiento, o aun la intuición de la inmanencia divina, de la 'presencia' de lo sagrado como única realidad posible, que todas las cosas deben testimoniar como siéndolo, aunque nos encontremos que algunas lo hacen en forma negativa o como deformaciones, en un mundo que a veces se manifiesta como un complot contra el Ser, o un medio donde hablar de la "Verdad" es sospechoso y por lo menos objeto de irrisión, cosas ellas periféricas con respecto a esa realidad central que ha de ser realizada con la plenitud de las posibilidades que le han sido entregadas al hombre, cuyo propio desarrollo es parejo o simultáneo al propio proceso de Conocimiento, al conocimiento de la Realidad tal cual es, cualquiera que ella sea, cosa que es asombrosa de por sí y que incluye un viaje al inframundo, reiterado cuantas veces sea necesario, y no siempre por propia voluntad, para despojarnos de la tontería, o de la ignorancia, que hemos adquirido a muy alto precio (el de nuestra propia posibilidad de ser), morir una vez más a lo conocido y observar lo más pequeño como lo más poderoso.

so, y a la vez como lo más elevado, de lo que procede la sacralidad del mundo, que en él está contenido, y que se manifiesta articulado como un lenguaje, en el que se expresan los Nombres divinos, (emanación de un Nombre inefable) como la Realidad Universal, donde todo está realizado y sólo hay que tomar conciencia de ello.

El Árbol de la Vida Sefirótico, como modelo de la totalidad del Mundo o Universo, expresión de sus Números o Númenes, aspectos de la Deidad trascendente ("el Santo,¹² Bendito sea", o el "Uno sin segundo"), el que simultáneamente con el Cosmos ha manifestado el modelo simbólico, es un vehículo intermediario por arquetípico, capaz de fecundar el pensamiento, y actuar como soporte de la transmutación. Verdadera Puerta sagrada entre lo conocido y lo desconocido, lo que por lo demás es todo símbolo en tanto que emanación del Logos Spermatikos, puesto que porta en sí la idea-fuerza que fecunda el alma y genera la Memoria.

Todo ser, o manifestación del Ser, del Misterio, todo símbolo, es la propia realidad en tanto que símbolo, vehículo de una energía que abre un espacio en la conciencia, energía e Idea que el símbolo contiene, emana y es en cuanto tal, la que genera el significado a la inteligencia o universaliza el significado primeramente comprendido, que lo manifiesta como universal-trascendente, vinculando así lo visible y lo invisible, promoviendo que la unidad trascienda las limitaciones del espacio mental, y se dirija a la integridad del ser, reconstituyendo un presente en el que las cosas son por plenitud significativa, a las cuales la Gloria divina (Hod) articula como realidad jerarquizada haciendo las inteligibles en un acto único (Yesod) que es expresión de la Belleza (Tifereth), de la relación de lo pequeño o de lo sin tamaño con el Principio, tanto directamente como en el conjunto o ciclo al que pertenece o que conforma por su propia expansión, o expresión; todo lo cual no es por otra parte sino el propio natural de las cosas, pero no como lo que hoy se considera como 'natural', sino la Naturaleza como soporte y expresión de lo Sobrenatural, o la Física, en tanto que manifestación de la Metafísica.

Sefer¹³ quiere decir numerar, nombrar. En la Tradición hebrea número y letra tienen el mismo signo,¹⁴ no hay un signo diferente para el número, siendo éste un valor interno de la letra. Ese modelo es la estructura del cosmos considerado como emanación y manifestación de los Atributos divinos, de los aspectos o manifestación de la Unidad, o mejor, de aquella Realidad, de la que la Unidad, la primer sefiráh es la primera "afirmación". Es también la imagen de un Ser Universal o de un "Hombre Universal", Adam Qadmon, cuya "fragmentación" aparente da lugar a todos los seres, lo que es observado como un sacrificio, visto desde el lado de la Gracia o del Amor (desde el punto de vista

de los Dêvas, en la tradición hindú), porque da lugar a la existencia de todo ser, o como un asesinato, del lado del Rigor (la fragmentación del ser universal es simultánea con la caída), lo que corresponde a un sentido 'descendente' el primero y a uno 'ascendente' el segundo en la reconstitución de la Unidad por el ascenso por los sucesivos planos, correspondiente a otras tantas "muertes", a unas lecturas más chatas o menores, en todo caso limitadas por las condiciones que las definen, por las que se puede acceder al Conocimiento.

Así vemos que, desde la Unidad Arquetípica, Kether, la Corona, las energías espirituales, creativas y formativas, descienden hasta Malkhuth, el Reino, la sefirah número 10, con lo que se cumple el acto de la manifestación, que ha dado lugar a la totalidad del Cosmos, integrado por los cuatro planos que el Árbol del Mundo manifiesta y sintetiza. El primero, Olam Ha Atsiluth, Plano o Mundo de las Emanaciones, es inmanifestado y está constituido por las tres primeras sefirot, Kether (Corona, o Kether Elyon, Corona Suprema), Hokhmah (Sabiduría), Principio activo del Cosmos y Binah (Inteligencia), Principio receptivo.¹⁵ Nos dice la Tradición extremoriental que el Uno produce el Dos, el Dos produce el Tres y el Tres todas las cosas. En efecto al producir o manifestar al cuaternario, por su suma triangular, toda la manifestación está implícita en él: $1 + 2 + 3 + 4 = 10$ (y $1 + 0 = 1$),¹⁶ siendo ésta la manifestación informal, llamada por la Cábala Olam Ha Beriyah o Mundo de la Creación, la primera expresión de los Principios por la afirmación de su Unidad indisoluble, la manifestación sobre la "Superficie de las Aguas" del Logos o Verbo proferido en el principio de los tiempos, y por lo tanto la 'medida' del Mundo, que es una realidad inteligible y constituye la proyección del Hombre Universal, cuyo símbolo es la cruz, como intermediaria y estructura del círculo y el cuadrado.

El 4 es la irradiación indefinida de la creación, el número de la creación, determinada por la consideración de una realidad distinta a los principios ($3 + 1 = 4$),¹⁷ Olam Ha Beriyah, el Mundo o Plano de la Creación está constituido por las sefirot Hesed, Gracia (Nº 4), Gueburah, Rigor (Nº 5), también llamada Din, Juicio, y Tifereth, Belleza, Esplendor o Misericordia, la sefirah Nº 6, que es el Corazón o Centro del Árbol Sefirótico, que une lo alto y lo bajo, la derecha y la izquierda en el Árbol, o sea lo trascendente y lo inmanente, lo activo y lo pasivo, lo masculino y lo femenino. Estas Numeraciones o luces sefiróticas son los arquetipos creacionales, sintetizados en Tifereth, y así todo pueblo tradicional se considera como viviendo en el Centro del Mundo y ordena su existencia con respecto al cuaternario en el que se proyecta el espacio y el tiempo. Pero es el hombre

verdadero el que encarna el centro en ese espacio o para ese espacio o plano y le corresponde el Nº 5, como centro de la cruz y asimismo como quintaesencia del cuadrado, de la proyección de lo celeste en lo terrestre, de la cruz que une o que es común a lo circular y a lo cuadrado, tal como se ve en la figura del "Paraíso terrestre" que es circular y de cuyo centro parten cuatro ríos, los que se dice están en relación, por las consonantes de la palabra PaRDÉS, con los cuatro sentidos o niveles de lectura con detenimiento de las Escrituras, los que corresponden a los cuatro planos del Arbol.¹⁸

Los dos triángulos del Sello de Salomón, o Escudo de David, son una expresión simbólica del Nº6, uno invertido respecto al otro, el triángulo con el vértice hacia arriba se refiere a los Principios y el triángulo con el vértice hacia abajo es un símbolo de la copa y se refiere al corazón: es el reflejo de aquellos Principios, y en el Sello de Salomón ambos se equilibran y se conjugan. Uno, el del corazón, está invertido con respecto al otro, y son la conjunción de lo creado y lo increado, de lo divino y lo humano, que deberá retornar al principio por la misma vía por la que ha descendido, para identificarse con lo Inmanifestado, lo que será idéntico a realizar la integración del Eje que une los cuatro planos de la Creación, a lo que se refiere la Cábala como a la "reconstitución" efectiva del Nombre Divino, formado por las cuatro letras del Tetragrama: Yod, Hé, Vau, Hé, cuya pronunciación ya no se conoce, o que es impronunciable, con cada una de las cuales está asimismo en correspondencia uno de los planos del Arbol.

Estos planos son invisibles, excepto Olam ha Asiyah, el de la Concreción o Manifestación material, que es el de la percepción de los sentidos. Son otros Mundos que están en éste, o son otras lecturas de este mismo mundo, las que pueden ser, evidentemente, completamente invertidas, como nos muestra la simbólica de la unidad aritmética con respecto a la Unidad metafísica, y esos mundos pueden ser indefinidos, pero estos arquetipos o modelos divinos se incorporan, se manifiestan en símbolos, que constituyen la expresión sensible e inteligible de esas realidades. En cada plano hay asimismo un Arbol, y en cada sefirah, pues el Todo está en la parte, no pudiendo haber, de otra manera, la posibilidad de la analogía; como en cualquier cifra, sin importar sus dígitos, el 1 está presente (pues esta es la suma de él con todos los restantes que la totalizan), así está en las cosas, más o menos oculto, más o menos recubierto por los velos de la forma o la substancia, sutil o grosera, el Principio que es su origen.¹⁹ Estos ropajes dejan de ser tales cuando se constituyen en símbolos, en cuyo caso son objetos y aun sujetos del Arte, pues lo conforman, en cuanto que lo manifiestan, comunicando la energía y el "espacio", si así pudiera decirse, de lo divino, lo que incluye asimismo, desde otro punto

de vista, lo verdaderamente humano. El plano o Mundo de las Formaciones, Olam Ha Yetsirah,²⁰ está constituido especialmente por las sefirot Netsah (Nº 7), Victoria, Hod (Nº 8), Gloria, y Yesod (Nº 9), Fundamento, o Fundación. La primera es la energía positiva de la Gracia que desborda la insuficiencia de lo que sin ella sería puro vacío y muerte, nadidad e insignificancia, y la segunda la restringe al producir el equilibrio entre los elementos de la Creación, que han de manifestar también en su conjunto el orden y la armonía que constituyen la manifestación como imagen y expresión de la Unidad, "Los Cielos y la Tierra narran la Gloria de Dios", dice el texto sagrado. Estas dos sefirot, sintetizadas en Yesod –el acto creador constante y virgen que da la vida, alma y espíritu permanentemente a todas las cosas– hacen descender las energías espirituales de todo el Arbol, a la inmanencia divina, Malkhuth, la sefiyah que constituye el plano de Asiyah, en la cual están contenidas las anteriores, la "Reina" o "esposa del Rey" (Kether, constituyendo Beriyah y Yetsirah el "Reino") lo que se manifiesta como inmanencia divina en el seno de la Creación, en el que todos los seres manifestados son una realidad sagrada y significativa, como un lenguaje arquetípico que conforma el Libro de la Vida, en el que el ser humano está incluido como agente consciente capaz de tomar conciencia de esas realidades y de unir la horizontalidad y la verticalidad en sí mismo, al ser un símbolo que depende del Polo celeste por su naturaleza axial.

Al plano de Beriyah y al de Yetsirah corresponden respectivamente el Aire y el Agua entre los elementos, así como al de Atsiluth el Fuego y al de Asiyah la Tierra.²¹ Los dos primeros conforman lo que se llama las Aguas Superiores y las Inferiores, refiriéndose las primeras a las posibilidades informales y las segundas a las formales.

El Arbol, como Eje, traduce la situación de la Unidad en distintos planos, es decir de todo el Arbol, suma integral de los aspectos divinos, de donde emanan todas las posibilidades, ya sea en el plano individual (que corresponde a la mitad inferior del Huevo del Mundo) o en el universal (la superior), las que obedecen al mismo Modelo, el cual es susceptible de una lectura arquetípica (el plano de Atsiluth), anterior a la diferenciación y posterior separación del Sujeto y el Objeto propia de la caída en lo individual por apego o "hipnosis"²² con las formas que constituyen la existencia, cuyo enrulamiento en ciclos indefinidos conforma alguna espiral de la serpiente cósmica, la que sin embargo considerada en forma integral constituye un símbolo del Verbo. Esta caída es generada por el hombre como agente o parte del Demiurgo,²³ de donde la necesidad de la labor de construcción, o reconstrucción de la integridad perdida, lo que no es sino mediante el sacrificio, asesinato o muerte ritual en el que es vencida, asumiéndola ante el Origen o

verdad total (integral e integradora), la tendencia oscura del Demiurgo, generadora de la fragmentación, la ignorancia y la muerte, la que será transformada en su origen arquetípico, no invertido, la pura receptividad divina (Binah), mitad del Andrógino universal, cuyo paredro es la Sabiduría (Hokhmah), de la que se dice en el Libro sagrado que "está siempre con el Creador (YHVH) en todas sus obras".

Las dos mitades del "Huevo del Mundo" –cuyo ecuador lo constituye la tierra prototípica en la "Superficie de las Aguas"– están en relación con las espirales evolutiva e involutiva que dependen de los dos polos.²⁴

El círculo corresponde a lo celeste, y el cuadrado a lo terrestre; son análogos y correspondientes, porque tienen el mismo valor numérico: tienen ambos 360° ($3 + 6 + 0 = 9$) estando signados por el 9; siendo que los 360° están constituidos en ambos casos por 4 ángulos rectos dispuestos de manera distinta. Lo que en el círculo es interior, los 4 ángulos que miden la circularidad, en el cuadrado es exterior. Es decir, que hay una inversión, entre lo celeste–invisible y lo terrestre–visible (tomando a la vista como síntesis de los sentidos). Y también está plasmado, el cuadrado, en el modelo de la ciudad tradicional, imagen de la Jerusalén Celeste, siendo el primero (el modelo del Paraíso) "ascendente" por su relación con lo circular y celeste, de lo cual es la "base", y la segunda "descendente", como manifestación de esos arquetipos creacionales.

Otra expresión de lo mismo, en la que podrían verse los prototipos de las siete tierras (comprendidas en la "tierra de los vivos"), o de los siete dwîpas de la tradición hindú, son los "cuadrados mágicos", a los que se designa con el nombre de los planetas, siendo el primero el llamado "cuadrado mágico" de Saturno (planeta que corresponde a Binah en el Árbol Sefirótico) el cual está formado por 9 cuadrados, de 3 por lado, cuyo cuadrado central tiene por valor 5 estando los restantes valores colocados según 4 diferentes combinaciones (alternándose par e impar) refiriéndose a los 4 elementos, numerados del 1 al 9, y tiene la particularidad de que los valores numéricos que incluye, sumados en todas las direcciones en los cuatro casos, suman lo mismo, que es 15. O sea que ese cuadrado es la expresión de la energía contenida en el número 5. El número 15 es el número triangular del 5, la suma desde el 1 hasta el 5 da la expresión de la energía creacional que se manifiesta en él de ese modo. Ese hombre verdadero, o ese estado verdadero de lo humano es el reflejo en un plano de una energía mediadora que él conoce o reconoce en sí mismo.

Los "cuadrados mágicos" expresan la naturaleza de los planetas o estrellas, señales en el firmamento que se halla bajo el trono divino; siendo cada uno un sello de las energías

divinas que manifiestan a través de los números y las letras (de vinculaciones indefinidas) mandalas de su propia naturaleza, modelos por los que se entra en contacto con ellas, que son las que ordenan el Alma del Mundo y por la comprensión, la inteligencia del hombre, a la que generan.

En la Cábala, las letras son la manifestación del aliento divino, las que estaban junto a la Deidad y fueron convocadas para la obra de la Creación.

Al considerar los números, en cuanto todavía se manejan términos cuantitativos, hay que aplicarlos muchas veces a otras cosas para entender sus aspectos, o para hacerse una idea más "cabal" de lo que los números significan o representan. Pero las letras (de una lengua sagrada) son asimismo el cuerpo y la forma del número, o más bien de lo que el propio número representa en el conjunto del código numérico. En realidad, no habiendo una cifra distinta a la letra para graficar al número, salvo una palabra, se conoce a éste por lo que de él se dice y por lo que la propia palabra manifiesta, en tanto que es una configuración simbólica, constituida a su vez por elementos simbólicos, las letras y su propia constitución, y susceptible de interpretaciones o análisis, no sólo etimológicos, sino aquellos que incluyen los métodos cabalísticos de la Gematría, el Notarikon y la Temurah, los que consideran la palabra y la letra desde distintos ángulos y posibilidades, a lo que habría que añadir la propia forma de la letra, que es susceptible de una lectura individual, cósmica y principal. Siendo integrales y significativas en su forma (como "descenso" de las ideas o arquetipos del Conocimiento) son el prototipo de los seres creados, de su constitución y de la amplitud de sus relaciones, la suma de los cuales es la manifestación universal, siendo ellas así el prototipo del Libro de la Creación que en ellas y en lo que ellas conforman o pueden conformar en su articulación, está contenido, de tal manera que es más real en cierto sentido el Libro Sagrado que la manifestación de los seres individuales, que en él encuentran el arquetipo de las posibilidades de su ser, sobre todo en los tiempos de una multiplicidad en la que la idea de orden (cosmos) queda relegada al aparte de un código sagrado que no debe ser invadido o disminuido por lo profano, cuando sin embargo es nada menos que una lengua origen y soporte del pensamiento humano, como participación y reflejo del pensamiento Universal, en la que se dan en simultaneidad y por lo tanto adecuadamente a la naturaleza de las cosas, los cuatro planos de lectura, de conocimiento e identidad, en los que se articula lo inefable, lo que se ha manifestado en todas las cosas, las que se alejan en su indefinitud y se reúnen en su Unidad, o Nombre arquetípico, al constituirse en letras simbólicas.

La letra Yod (a la que corresponde una simbólica análoga a la del grano de mostaza) tiene por valor 10 y a ella corresponde el Plano de las Emanaciones, el de los Principios (lo que es "emanado" es sin separación), o sea, todo el Arbol está contenido sintéticamente en él. Al mismo tiempo la Yod es la letra más pequeña del alfabeto hebreo y con ella, o a partir de ella, se forman todas las demás letras. En primer lugar con ella se forma el alef, que se considera constituido por 4 Yod, que, en ese caso, desde ese punto de vista, aunque su valor como letra es uno, se considera que tiene el valor de 40, lo que son las 10 sefirot en los 4 planos. Según esa simbólica, toda la manifestación del Arbol, es la pronunciación de una Palabra, o la articulación de un sonido primordial, que es el de la letra A, la letra más abierta, el primer sonido, y las demás proceden como modificaciones, como las determinaciones articuladas de ese sonido primordial. Por cierto, la misma boca humana es una imagen del Cosmos: el paladar (de paladium=verdad) se refiere al Cielo (a la bóveda celeste), el maxilar inferior a la Tierra, signada también por el movimiento y lo visible, y la lengua al hombre mismo, e incluso podríamos recordar también que siendo 32 los senderos del Arbol, los que reúnen las sefirot, están en correspondencia también con la dentadura humana. O sea, que el hombre es completamente un símbolo; no tiene nada, más bien no somos. No somos en cuanto a algo separado. En ese sentido nuestra identidad particular es más bien algo 'extraído' de un medio relativo, lo cual ha de ser reabsorbido en la totalidad del símbolo para nacer a otro plano donde esas particularidades no tienen importancia, o más bien son otra cosa, que no puede dejar de ser sino el reflejo, también simbólico, de la misma Idea creacional.

Este modelo cuaternario que antes considerábamos en forma vertical, como "descendiendo" de lo invisible a lo visible, rebatido en el plano, es lo que ha conformado esencialmente los modelos arquitectónicos tradicionales de todas las culturas, desde los más simples a los más complejos y desarrollados. Constituye la síntesis de todo el espacio geográfico y del tiempo sagrado de esas culturas y por lo tanto de los que las habitan y se identifican con su esencia sagrada. Por otra parte, nosotros conocemos esas realidades por su expresión sensible en la cual ellas están contenidas, al hacerse presente su realidad inteligible en la caverna del corazón. En la tradición hebrea, se dice que "en medio de los pueblos está Israel, en Israel Jerusalén, en Jerusalén el Templo, y en el Templo el Sancta Sanctorum", lo que es una expresión en la horizontalidad terrestre, ligada con la simbólica de la peregrinación al Centro, de esos cuatro planos o niveles, que en realidad han sido emanados del Centro mismo, pues por la fundación, por la actualización de ese Centro, es que a partir de él se ha expresado la totalidad de ese mundo que

se nombra, que existe y que articula todas esas posibilidades indefinidas que se ordenan gracias a él, constituyendo un Cosmos. Asimismo, en el Templo, miniatura del Mundo, así sea una tienda o un edificio en piedra, en el que se produce la entrada al espacio y al tiempo sagrados y el retorno al Centro y a la vertical, también hay varios niveles de lectura que corresponden a una profundización y a una llegada al verdadero Sí–mismo (por la salida por la abertura superior de la tienda o su análogo el ojo de la bóveda o cúpula). Desde la puerta, que correspondería a lo que comunica el Plano de Asiyah con el de Yet-sirah, lo que permite pasar del espacio profano, que es el de la literalidad sensible (o mentalidad literal) a otro en el que por muy insuficiente que sea la comprensión, tal vez balbuciente, existe una apertura al misterio que se halla tras los ropajes del símbolo. La entrada al templo se produce por una conjunción de opuestos, por entre las dos columnas o marco de la puerta, que a su vez es una imagen del templo y del Árbol entero y significa al menos una toma de conciencia en el Plano de las Formaciones, y la sefirah Yesod, en este caso, corresponde a las aguas del bautismo cristiano, lo que está ligado a la recepción de la Enseñanza como capaz de regenerar la visión del mundo, de regenerar las imágenes y generar un centro en el que todas esas imágenes van teniendo sentido, o un primer sentido, que promueve ya de alguna manera una reunión de lo disperso y provoca una separación entre lo sutil y lo grosero, en la que irán participando de ahí en más los restantes elementos, análogos a lo que el plano de las vicisitudes individuales representan. Entre el baptisterio (que en ocasiones se halla fuera del templo, previo a la entrada) y el altar se ubican en el templo cristiano los laberintos, los que recorridos, en forma ritual, promueven el abandono de lo aprendido, la rectificación, "por la escuadra",²⁵ gracias al empuje de un nuevo ser que se auto–genera, lo que no es sin los dolores, oscuridades, vacilaciones y temores de una gestación, promoviendo más allá de ello el nacimiento a lo verdaderamente sagrado, a la identidad que se dará en el altar o corazón del templo, que corresponde al bautismo de fuego. Sobre él se halla el sagrario, que reproduce en pequeño al Templo entero,²⁶ el que se encuentra en la vertical del ojo de la cúpula, o en su caso, de la clave de bóveda o piedra angular.

NOTAS

1	Adam Qadmon, o Kadmon, es el "Hombre Universal", idéntico a Dionisos Zagreus, a Osiris, o el Árbol Yggdrasil de la tradición escandinava.
2	Lugar de Palestina en donde se da, en un tiempo y espacio determinados, en rela-

	ción a su vez con otros personajes y hechos históricos, un hito más en la historia sagrada de la Cábala, siendo una vivificación de este pensamiento tradicional.
3	En ella se afirma que las sefirot de construcción, al recibir la luz infinita de las tres primeras, no han podido resistirla y se han quebrado, de donde el mal –el desequilibrio– en el mundo.
4	El "hombre verdadero" es al contrario la síntesis del propio libro de la Creación (el Liber Mundi o Liber Vitae de los Rosacruces) y siendo ya a partir de ahí "uno con El que escribe en él" es también el vaso en cuyo exterior está grabada la Tradición primordial.
5	El origen es suprahumano; en la proyección del tiempo y el espacio se dice que "el origen se remonta más lejos y más alto que la humanidad" (René Guénon).
6	Ver Federico González "El Ser del Tiempo" SYMBOLOS Nº 7.
7	Hecha por El-Shaddai, el Dios Todopoderoso, o el Omnipotente, que a su vez le había ordenado su peregrinación.
8	Ver René Guénon: El Rey del Mundo, Cap. VI.
9	Cf. Cap. IX.
10	Estas, como el zodíaco, tienen como arquetipo a lo que en la tradición hindú son los doce Adîtyas (hijos de Adîti, "indivisible"), formas o aspectos del único Sol espiritual, siendo la de Judá la que encarna directamente el aspecto guerrero y solar y en la cual nace el Avâtâra.
11	Especulación "significaba originalmente observar el cielo y los movimientos relativos de los astros con la ayuda de un espejo" (Roland Nguyen Khac-Man: "Reflexions sur le miroir", Travaux de la Loge nationale de recherches Villard de Honnecourt, Nº 18, 1989), lo que da una perspectiva como si se miraran desde lo alto las órbitas planetarias, viéndose su rotación en sentido contrario al que se percibe a simple vista, y por otra parte sin observar directamente al cielo astronómico.
12	Kadosh significa en hebreo "puesto aparte, separado". Dicc. de la Biblia, Herder, Barcelona 1981.
13	La luz sefirótica (cifra, libro) es un universo. Cada esfera es un mundo, el mundo o cosmos a una luz, que puede ser más luz que forma, sin perjuicio, valga la redundancia, de que la propia luz sea una forma, en tanto que es una manifestación, por lo que hay asimismo una luz inmanifestada, que sin embargo sigue siendo luz, la que es arquetípica, o sea el principio de lo que pueda llamarse así y en donde toda luz encuentra su origen. Sólo que en este último caso se considera el origen y la cosa originada como distintos o a distancia (con la distancia de la objetivización emanada de un sujeto relativo), y en el primero la cosa es él, con-

	<p>tenida en y por el arquetipo, que constituye toda su realidad. Una longitud de onda que es la imagen de un cielo, ciclo o estado del ser, el que no tiene por qué ser una reiteración sensible fragmentaria, sino una integración contenida o transmutada en su límite (ver R. Guénon: <i>Les Principes du Calcul Infinitésimal</i>), el que es una 'cifra' que, no habiendo salido de la Unidad, es una 'emanación' de la misma. Si esta es una labor permanente, es por la completa transmutación alquímica que se cumple la liberación.</p>
14	Otras tradiciones tienen distintos símbolos para los números, refiriéndose a la cantidad o a la cualidad o cualidades que cada número posee por sí o en relación con otros números u otros conceptos.
15	<p>Leo Schaya: <i>El Significado Universal de la Cábala</i>, "El Pensamiento Divino, el Eterno y Supremo Arquetipo del pensamiento humano, tiene dos aspectos esenciales: por una parte es Sabiduría meta-cósmica, por la otra es Inteligencia cósmica. Por su Sabiduría, conoce su Realidad inmanifestada e infinita, y por esta Inteligencia, conoce su manifestación y la creación que emana de ella, que es existencia limitada y transitoria. Su Sabiduría determina los arquetipos increados, su Inteligencia los manifiesta como realidades espirituales y supraformales que a su vez se revisten a sí mismas de substancia sutil y materia densa a fin de dar nacimiento a los cielos y la tierra".</p>
16	<p>Esto mismo ocurre también en los siguientes planos: el número con el que comienza el Plano de las Formaciones (<i>Olam Ha Yetsirah</i>), el número 7, es igual a $1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 = 28 = 2 + 8 = 10$; y el número 10, que corresponde a <i>Malkhuth</i>, la concreción de todas las energías del <i>Arbol</i>, es de $55 = 5 + 5 = 10$. Lo que junto con el 1 que además es número triangular de sí mismo ($0+1=1$) nos muestra que cada Plano o Mundo es expresión o manifestación de la Unidad, que se manifiesta en él de modo más múltiple o recubriendose con más velos, hasta llegar al número 10, que también se ve como el punto central dentro del círculo ($1 + 9 = 10$), la <i>Inmanencia</i>, o sea el punto inaprehensible que está en el "interior" de las cosas que percibimos (y que no es accesible a los sentidos). <i>Malkhuth</i> es a su vez el <i>Kether</i> de un nuevo <i>Arbol</i>, cuyos números triangulares serán cada vez más grandes aunque asimismo afirmen específicamente la unidad en su sucesión al principio de cada plano, siendo su multiplicidad numérica, por comparación con la simplicidad de los números con que se numeran todas las cosas, una imagen de la reducción de lo Universal a lo particular, de la encarnación de los arquetipos en seres, supraindividuales e individuales, conjuntos, especies, galaxias,</p>

	xias y cosas.
17	Desde otro punto de vista anterior y más elevado por el Uno en sí mismo (no manifestado, idéntico al Cero metafísico) sumándose al Ternario como manifestación de la Unidad, lo que se refiere en realidad a la totalidad del Árbol considerada como "la expansión total de la Unidad, simbolizada por la cruz, cuyos cuatro brazos están formados por dos rectas indefinidas rectangulares, que se extienden así definitivamente, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales de la indefinida circunferencia pleromática del Ser, puntos que la Cábala representa por las cuatro letras del Tetragrama, (René Guénon: "Remarques sur la production des Nombres", en <i>Mélanges</i> , Gallimard, 1976).
18	Daath, que significa Conocimiento no es ni manifestado ni no manifestado, salvando el abismo, por el "sentido de eternidad", virtualidad del Conocimiento Supremo que se da más allá de la Corona (Kether) la cual, como símbolo (una de cuyas formas la constituye el sombrero del Arcano I del Tarot de Marsella) es una forma de la Puerta (el Ser) que lleva al No-Ser y a través de él a la No-Dualidad, por lo que constituye en sí misma un verdadero símbolo del vórtex universal, en el que se constituye lo afirmable en el seno de lo incognoscible (Ain), unidos (estos que no son ambos) por el conocimiento de lo que es cognoscible (la manifestación en la unidad de su principio inmanifestado, el Ser), y de lo que es incognoscible (No-Ser), que queda afirmado por su ilimitación, trascendidos por y en la Identidad del Sí-Mismo (No-Dualidad). (Ver R. Guénon: El simbolismo de la cruz, Cap. XX y el apéndice final de Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada).
19	También se dice, con respecto a las diferencias particulares y a las distintas naturalezas y grados de lo individual, que "todo metal llegado a su perfección, es oro". Los metales son en el interior de la tierra, lo que los planetas o las estrellas en el cielo, correspondiendo el oro al sol y al centro (Tifereth). A Binah le corresponde Saturno y el plomo, a Hesed Júpiter y el estaño, a Gueburah Marte y el hierro, a Netsah Venus y el cobre, a Hod Mercurio y el mercurio, a Yesod, la Luna y la plata y a Malkhuth la Tierra, en cuyo interior se hallan estos metales. A Hokhmah le corresponden las estrellas fijas, o el zodíaco, no teniendo correspondencia metálica, y a Kether la polar entre las estrellas, como puerta a lo que está más allá de la bóveda celeste.
20	A este Plano corresponde en el microcosmos el alma inferior, mientras que al de Beriyah el alma superior y al de Atsiluth el espíritu, así como el cuerpo al de Asi-

	yah.
21	Por otra parte, según la división del Arbol en tres columnas, a la central (Columna o Pilar del Equilibrio) corresponde el Aire y a las laterales (las de la Gracia y el Rigor, encabezadas por Hokhmah y Binah), el Fuego y el Agua respectivamente, hallándose el éter (Avir) en el interior de todos ellos, el cual, junto con la Shekinah (la "presencia" divina) y Metatron (el Agente de las Revelaciones y las Teofanías) constituye los tres intermediarios divinos.
22	<u>Hypnos es originalmente el Sueño, en la mitología griega.</u>
23	Ver "A propos du Gran Architecte de l'Univers", en Etudes sur la Franc-Maçonnerie et le Compagnonnage, T. II, así como "El Demiurgo".
24	Ver Federico González: art. citado, págs. 19 y 22.
25	En la que se unen la vertical y la horizontal.
26	Asimismo la planta y la fábrica del templo románico manifiestan, por la unión del semicírculo del ábside y el cuadrángulo de la nave, la relación Cielo-Tierra.